

teza que su padre había cumplido su promesa.

Al fin encontró el papel que andaba buscando y se lo llevó a su madre. Ella no había dormido la noche antes y encontrábase extenuada por los largos desvelos. El funeral sería al día siguiente.

Cuando lo besó, al despedirse por la noche, creyó que iba a decirle algo, pero no fué así. La barrera de reserva subsistía entre los dos y Rúpert se sorprendió al ver cuán poca confianza tenía en él su madre. Parecía reconcentrada en sí misma y en los recuerdos del hombre que durante más de treinta años había sido su compañero. Rúpert pensó que él no había sido, después de todo, más que un episodio de su amor, como el pajarillo que nace, crece y se marcha volando: el amor de sus padres había sido anterior y había sobrevivido a su advenimiento. Pero cuando subió a su cuarto, se preguntó si su padre habría hablado de él antes de morir.

Estuvo largo rato despierto pensando en su padre.

A la mañana siguiente su madre no lo llamó, y cuando se despertó era tarde. Se vistió de prisa y bajó a buscarla en el corredor. Recibía ella en ese momento una gran corona de flores envuelta en papel, y, al cerrar la puerta, se volvió a Rúpert. Él notó que su madre tenía los ojos llorosos.

—La enviaron los obreros de la fábrica,—dijo.—Dos de ellos la trajeron. Preguntaron si podían venir antes de los oficios para ver a tu padre. Les dije que vinieran a cualquier hora antes del mediodía. Ya sabes que los oficios no son hasta las tres.

Se quedó como esperando que él dijera algo; y luego, indicando la ofrenda de flores preguntó:—¿No podrías tú arreglarla? Tu sabes mucho más de eso que yo. Los hombres de la agencia funeraria vinieron ya y lo bajaron. Todo está listo en la sala.

Rúpert tomó el paquete y se fué allá. Sorprendiólo la gran cantidad de flores que había. Los parientes y amigos debían haberlas enviado por la mañana; pero eran tantas que no parecía sino que cada habitante de la ciudad hubiera enviado las suyas. Se acercó al féretro y contempló el cadáver. Largo tiempo permaneció allí, como si hubiera querido imprimirse indeleblemente en el alma la imagen de su padre. La fornida quijada, el cuello de toro, el áspero cabello gris eran los mismos que recordaba; solamente que los ojos risueños estaban cerrados y las mejillas, que siempre habían sido tan rubicundas, estaban ahora pálidas. Lo sorprendió la desconocida emoción que surgía de su ser, y trató de desecharla. Por último comenzó a sacar la corona de su envoltorio.

Era enorme y abominable, de pésimo gusto, hecha de cuentas de vidrio; formada con cuentas doradas estaba la palabra: «Bienvenida». Sintió un impulso frenético de rabia y estuvo a pique de lanzar la corona lejos de sí. Después se le ocurrió que podía disimularla debajo de las demás flores. Sus ojos tropezaron entonces con una tarjeta atada a la corona por una cinta blanca, con una inscripción: «A John Crócker: sus empleados». Rúpert vaciló, detenido por un impulso más poderoso que su sentimiento del arte. Luego, lenta mente, sin saber bien por qué lo hacía, colocó la horrenda corona en lugar preeminente, al lado del ataúd.

IV

POR primera vez, durante muchos años, la fábrica permaneció silenciosa un día de trabajo.

Ese mismo día casi un millar de empleados desfiló solemnemente ante el féretro. Acudieron por su propia voluntad, embarazados dentro de sus trajes domingueros. Un poco después de las once, comenzaron a llegar, en grupos de dos y tres, y luego en partidas más numerosas, hasta que al cabo hubo una corriente continua de hombres que entraban por la pequeña puerta, sacudían los zapatos en el felpudo, y con el sombrero en la mano pasaban gravemente ante el féretro del hombre a quien muchos de ellos conocieron desde su niñez.

Arriba, en el aposento de su padre, Rúpert estaba solo, escuchando el sordo rumor de pasos. Recordó que en todos los veinte años en que su padre fué superintendente de la firma, no habían ocurrido allí huelgas. Cuando había inconvenientes los trabajadores se presentaban francamente a John Crócker y le exponían sus quejas. Como había sido él mismo un obrero y tenía noción cabal de la justicia ejecutiva, había accedido a veces a sus demandas. Otras veces las había rechazado, y entonces hasta los escri-

bientes de las oficinas exteriores habían temblado cuando su voz profunda retumbaba en la discusión y sus tremendos puñetazos ponían a saltar los tinteros de su escritorio. Pero había sido el orgullo de su padre que mientras las huelgas y los cierres habían sido frecuentes en otras plantas, y más de una vez fué menester acudir a la policía militar del estado, él y sus empleados habían arreglado sus propias disputas discutiendo abiertamente y para mutua satisfacción. Rúpert meditaba en esto mientras escuchaba el sordo rumor de pisadas en el corredor de abajo. ¿No acabaría nunca el desfile? Americanos y lituanos, rusos y polacos, todos habían venido con un solo objeto: a honrar la memoria del hombre para quien habían trabajado y a quien habían respetado.

Los oficios religiosos fueron breves; y cuando el ministro anunció su texto: «No alleguéis para vosotros tesoros sobre la tierra», a Rúpert no le pareció inadecuado. Todos los incidentes que habían producido en él despego hacia su padre tornábanse insignificantes. Vefálo de una manera nueva, y según que las firmes modulaciones de la voz del ministro subían y se apagaban, Rúpert comenzó a trazarse, lo mejor que pudo, un esbozo sucinto de la vida de su padre. Vió retrospectivamente la dilatada lucha que había sostenido.

Mecánico de alguna habilidad, John Crócker se había abierto paso por medio de su esfuerzo sin tregua, su fino sentido común y su honradez a toda prueba. Rúpert recordó su concepto de la lealtad a sus asociados en los negocios y su justicia imparcial con sus empleados. Pensó en el perdurable amor de su padre por una sola mujer y comprendió los largos años de recio trabajo que precedieron al logro de una posición de importancia en la vida industrial de la comunidad, y de la responsabilidad que sobrevino con ella. Vista de ese modo, la vida de su padre no carecía de ruda

¡SALVESE DEL TRANCAZO!

Combata esos primeros síntomas tomando

Bromoquinoides

Preparados por la

SAN JOSE BOTICA FRANCESA COSTA RICA